

JUAN DE LUIGI

LOS LIBROS Y LOS HECHOS

Incorporación de Joaquín Edwards Bello a la Academia

H A B L A R de Joaquín Edwards Bello a propósito de la Academia podría ser un contrasentido o una tragedia. La superficial contradicción entre él y la corporación que lo ha designado como su miembro, ha sido ya comentada; a contradicción y superficial, comentarios superficiales. La cosa, sin embargo, no tiene importancia. Nuestra Academia de la Lengua, a pesar de la incorporación de varios periodistas, Manuel Vega, Rafael Maluenda, hasta ahora no se da cuenta de que la lengua existe. Es decir, no se da cuenta de la lengua viva sobre la que teorizó Andrés Bello y por cuyos fueros ha luchado Baldomero Sanín Cano. La lengua en uso hace años, demasiados años, no es objeto entre nosotros de ningún estudio. A lo más se publican normas de corrección gramatical, de semántica elemental. Se sigue persiguiendo el neologismo, el barbarismo y aun el modismo que algunos llaman idiotismo. Ninguno se preocupa de la razón y la legitimidad de muchas de esas formas; y es que la Academia, como la mayor parte de las academias, aún no concibe que el idioma es una cosa ligada a algo vivo y que, como todo lo vivo, debe sufrir cambios, sufre cambios, se enriquece, se amplía, responde inmediatamente a nuevas necesidades, a nuevas realidades, el progreso en una palabra. Baldomero Sanín Cano aconsejó a los académicos, antes de decidir sobre la propiedad de un término, efectuar estadísticas. No se ha seguido su consejo. De ahí dos idiomas: el idioma vivo que todos usan y el lenguaje académico que ni siquiera los académicos usan.

La entrada de Joaquín Edwards Bello a la Academia podría significar una tragedia si ello redundara en que el autor de *El Roto* va a entregarse a esa corporación y a aceptar la mortaja de su ley. Esto

no es creíble. Edwards Bello no ha solicitado la incorporación, es posible que no la haya deseado y ha dudado antes de aceptarla. A él no le agrada nada el título de académico. En cambio, puede significar mucho si él se dedica a transformarla, a abrir sus puertas y ventanas al aire, al sol, a la vida y al lenguaje vivo y no al lenguaje estereotipado, ya que no responde a la realidad y que no es clásico en el verdadero sentido sino una colección, si las hay. La gramática como ciencia de algo vivo, como anatomía y fisiología de un cuerpo vivo, no es cosa que la Academia considere. El lenguaje clásico en sus tiempos era algo vivo. Respondía a las necesidades de su tiempo. Uno de sus grandes constructores fue Miguel de Cervantes, que no era hombre muy culto entre los hombres cultos de su tiempo y que usó el lenguaje popular como tantos antecedentes suyos. El se reía —véase la primera parte de *El Quijote*— de la cultura separada de la realidad. No poseía gran acopio de autores en su mente; su conocimiento estaba basado en los arrieros, en las mozas de partido, en el hampa, en los bandoleros, en la nobleza decadente, en todo ese mundo español de fines del siglo xvi y principios del xvii. Era un realista y su obra está tan viva hoy como cuando la creó. Su verdadera obra, no *La Galatea* o los *Tabajos de Persiles y Segismunda*.

La única forma posible para que Joaquín Edwards Bello entrara a la Academia era por transacción y por transacción ha entrado. Esto no lo menoscaba; al contrario, lo honra. Quiere decir que ha entrado sin compromisos, sin apostasía y sin renunciamento. Joaquín Edwards Bello en nuestras letras presenta el aspecto de un gran solitario; de un gran aislado, silenciado sin razón, injustamente olvidado a veces. A él, cuya obra es un organismo viviente, en plena ebullición, creada sobre intuiciones relampagueantes, con todos los grandes méritos y los defectos de las intuiciones que quedan en uso, las flores de papel que se le dedican deben parecerle nauseabundas cuando no desdeñables. Joaquín Edwards Bello tiene, entre otros, un mérito innegable: ha dicho siempre la verdad, lo que le parecía sin importarle un ardite lo que iba a sucederle. Fue uno de los primeros en criticar, en proclamar su crítica a todo lo que le parecía criticable en una época en que la crítica, que muchas veces tocaba al fondo de las cosas, era considerada pecado, blasfemia o crimen. De ahí su aislamiento. El no lo quiso; se lo hicieron; y a él se acostumbró; eso fue un mal para todos y para él también. Para él porque lo obligó a reaccionar en cierta forma y a proceder como solitario.

A este combatiente de la verdad la única manera de tratarlo con decoro es proceder con él en la misma forma. Ni panegíricos ni ata-

ques violentos sin justicia. ¿Por qué habríamos de atacar a Joaquín Edwards Bello? Los juicios apresurados que sobre él se han vertido adolecen de falta de estudio y de serenidad. Gran parte de su obra es desconocida y lo es por una de sus cualidades: su abundancia extraordinaria. No podemos dividir a Joaquín Edwards Bello en dos, el periodista y el artista. No podemos hacerlo con nadie y menos con Edwards Bello, porque nadie, si no es un pedante, podrá nunca decir dónde termina el periodista y comienza el artista, cuándo es una cosa y cuándo es la otra. Para nosotros no hay contradicción entre periodismo y arte; Edwards Bello es tan artista en sus crónicas, cuasidiarias, como es periodista en sus novelas. Ahora bien; no creemos que nadie pueda decir que conoce in extenso toda la obra de Edwards Bello. Está diseminada en las páginas de la prensa y hasta ahora no ha sido reunida en volúmenes. Sin embargo, será difícil hablar con propiedad de él sin conocerlo en su totalidad.

De esa extraordinaria producción suya conocemos gran parte, no toda. De ahí que el juicio sobre ella deba ser sólo general y, por lo tanto, también superficial. Es posible, sin embargo, ver algunas de sus líneas directrices. Joaquín Edwards Bello es, ante todo, un intuitivo, lo que no significa que no haya prestado a la realidad la atención requerida. Al contrario: se sumergió en ella. La buscó en todas sus facetas, en campos y ambientes donde nadie la había buscado; expuso con crudeza lo que vio, lo que sintió; pero como hilo conductor tuvo siempre la intuición; con ella creó sistemas cambiantes; generalmente el intuitivo es también un emocional; esto hace que cambie con facilidad y que a veces se contradiga. Joaquín Edwards Bello no ha temido contradecirse; aún más, no ha esquivado la contradicción que seguramente él podría explicar, que podría ser explicada partiendo de esas características suyas: la intuición emocional. Ella lo llevó a la crítica desde su primera obra, *El Inútil* (Universo, Santiago de Chile, 1910). Edwards Bello tiene en ella una posición teórica: la de un liberalismo progresista y un anticlericalismo violento. Sin embargo, el contenido de ella va más allá.

Para apreciar el valor histórico de su labor es necesario llegar a su obra posterior, *La Cuna de Esmeraldo*. Fue redactada en 1912 y publicada en París en 1918. (P. Rosier, París, 1918). Está precedida por un ensayo titulado *Observaciones y Orientaciones Americanas*, de 76 páginas. *La Cuna de Esmeraldo*, ampliada y publicada en el país allá por 1920 con el título de *El Roto*, ha hecho que la mayoría desconociera la obra primitiva y su relampagueante e intuitivo prólogo. El título

definitivo de la obra, *El Roto*, sirvió para que el pueblo se sintiera herido y menospreciado. Sin embargo, nada más lejos de la intención del autor y del carácter mismo de la obra.

En *El Roto*, Joaquín Edwards Bello no creó la realidad del pueblo, sino uno de sus aspectos; el que más lo hirió y lo impresionó. Críticos indocumentados han dicho que en ella existe la explotación del sexo. Ahora bien: la novela se desarrolla en un burdel y alrededor de un burdel; pero en ninguna parte se explota menos al sexo que, necesariamente, dada su omnipresencia, no podía ser ocultado; pero sus protagonistas principales son cualquier cosa menos seres sexuales; no lo es la madre de Esmeraldo, ni su amigo, el hombre del pueblo pervertido por la presión de una clase superior más pervertida aún; no lo son, en generalidad, ninguno de los protagonistas. Por lo demás, la intención de su libro la indicó el mismo Edwards Bello al editar *La Cuna de Esmeraldo*. Dice:

"... presentí al hombre providencial de Chile, elevándose de tanta mugre e ignominia en un vaho de estiércol y bodrio como el genio doloroso de mi raza... La cuna de Esmeraldo es la casa donde nació; su barrio; el ambiente de su época; la fuerza y las flaquezas de sus compatriotas; las condiciones en que se modela su genio. Son las tres partes de este libro. Esta, entre las otras, es su médula espinal" (págs. 78 y 79).

Ni *La Cuna de Esmeraldo* ni *El Roto* son el pueblo de Chile; pero son una parte de él, deformada e influenciada por los políticos venales, corrompidos, por el sistema político y policial, el sino a que es sometida y que la lleva a la prostitución y a la delincuencia. No puede pedirse a un autor que se transforme en profeta. Habría sido deseable que Edwards Bello hubiera trascendido a otros ambientes; pero ya dijimos que es un emocional y él mismo lo dice en otros párrafos de la obra citada. Es un emocional y no un teórico. Su cuadro es un cuadro incompleto, crudo; pero no despectivo. Todo lo contrario. En él la valorización de los elementos positivos existe, a pesar de que su emocionalidad lo llevó más bien hacia el fatalismo; ese fatalismo no estaba en su intención; pero está en su libro.

Joaquín Edwards Bello es hombre de su clase; pero es el más terrible crítico de su clase y ella es quien lo ha aislado y quien, si lo alaba, lo hace por la parte de su obra que no le es tan adversa. Nosotros al valorizarlo nos atenemos justamente a lo que de ella se quiere olvidar. Apreciamos las vislumbres sobre las cualidades del pueblo, vislumbres que le fueron más difíciles de obtener que a Baldomero Lillo, que ocho años antes de *La Cuna de Esmeraldo* había escrito *Sub Terra*.

Lillo vivió en la mina como empleado. Joaquín Edwards Bello no. Estudió en el colegio inglés Mac Kay y residió mucho en Europa. Su contacto con la vida nacional, su desesperado amor a Chile y a América, que se manifiesta en todos sus libros, es pues, mucho más meritorio. Pudo, como cuasieuropeo, haberse atendido sólo a lo pintoresco, a lo exótico. En cambio, se metió en plena realidad y transcribió sin miedo todo lo que captó. Este es el otro aspecto positivo de Joaquín Edwards Bello: su amor a lo nacional y a lo americano; y su visión certera de una realidad americana cuyo devenir económico, social y cultural describió a grandes rasgos.

No está de más transcribir algunos de sus conceptos. En el prólogo al libro citado dice: "En toda la América Indomediterránea existió una gran distancia, casi podría decirse un abismo, entre la aristocracia —los propietarios rurales descendientes de los mandarines de la colonia— y el pueblo. Esa aristocracia constituía una oligarquía poderosa que ejercitaba su poder sin fiscalización; aliada al clero y dueña de la agricultura, podía mantener a las grandes masas populares en el más completo vasallaje y obscurantismo" (pág. 17). Vio más aún: la irrupción del verdadero pueblo americano en la vida de América y la justificación de ella por sobre conceptos raciales y económicos. "Sin embargo, algo reemplaza, algo que falta para llenar los cráteres y grietas que la formación rápida y violenta de nuestras nacionalidades produjo en la sociedad. Ha sido necesaria su irrupción para que abramos los ojos. En el Brasil es el mulato el que sube, el mulato detestado hace tan pocos años, que inspiró la pluma de Aluizio Acevedo. En *Canaán*, el libro moderno brasileño, de Grace Aranha, leemos: "Si yo tuviese algunas gotas de sangre africana, seguramente no estaría lamentándome aquí... mi equilibrio con el país sería definitivo... ¡Por qué no nací mulato!" (págs. 18 y 19).

En ese prólogo Edwards Bello entrevió el ascenso de un grupo de la clase media, ávido, interesado y corruptor. ¿Qué podía salvar al país de todo eso? Edwards Bello, americanista, pero liberal, no avanzó hacia el pueblo, luchaba por él, pero al parecer no tenía confianza en él, en sus medios propios para su liberación. Hasta ahora, parece haber quedado a medio camino y ése es el gran defecto que le notamos. No haber seguido el paso de su obra. No haber tenido confianza en la clase cuyas desventuras y miserias lo llevaban a la crítica, a la protesta y al aislamiento. Su destino dentro de su clase, lo trazó él mismo: "Todo los pensadores liberales que salían del seno de ella (la aristocracia), eran aplastados por ella misma" (pág. 17). Lo mismo sucede ahora y ése es el gran peligro para Edwards Bello, que como novelista está callado desde hace varios años. Ha analizado con mu-

cha finura las formas de decadencia de algunos grupos burgueses; pero frente a él se extiende una perspectiva mucho más ancha: el pueblo. Es el único que puede coronar su obra y hacer que su realismo crítico de hasta ahora se transforme en un realismo completo. Su carácter emocional ha contribuido, sin duda, a esta detención e irresolución. Lo han herido profundamente las incomprensiones y las injusticias hacia él. No ha superado su emocionalidad individual y a ella se sigue ateniendo; pero su prólogo citado lo coloca por encima de ella.

En él, Edwards Bello protesta contra el cosmopolitismo desnacionalizante de antes de la guerra. Ahora tiene frente a sí un cosmopolitismo impuesto por la fuerza. Las condiciones han cambiado y, en lugar de una masa popular entregada a la protesta esporádica, tiene una gran clase organizada en lucha. Ella ha recogido en su labor de defensa de la nacionalidad lo que de positivo había en las intuiciones y en la labor de Joaquín Edwards Bello. En su lucha las está realizando; en su arte concuerda con lo que él dijo: "Debemos pensar y escribir en americano para que nos entienda América... Comunicar lo que se sabe rápidamente, sin jerigonzas ni redundancias... No buscar la admiración por la forma, sino por el fondo. Es preferible una frase comprensible, con errores gramaticales y mal redactada, que una ininteligible sujeta a todas las reglas del idioma. No importa que el libro útil sea mediocre desde el punto de vista artístico o académico convencional. El libro americano debe ser un descentrado. Mejor le vienen las alpargatas que el coturno; más le vale la blusa azul que la clámide... no debe ir ansiosamente tras la sensación estética o el deslumbramiento artístico, sino directamente al fin que persigue: inculcar la idea con la mayor intensidad posible en el elemento americano" (págs. 13 y 14).

Sobre esta parte vital de la obra de Edwards Bello se comprende que su papel dentro de la burguesía ha terminado. Frente a una nueva realidad, tiene el deber de encararla sin renunciar a nada esencial de su obra anterior. Sencillamente, le bastará desarrollar lo que él sembró. No puede contentarse con su innegable papel de gran precursor y creador dentro de las letras nacionales y americanas. Una gran clase en lucha puede ser su respaldo literario; pero aun si se detiene sería injusto negarle lo que Prampolini escribió para Josué Carducci: "Fue fácil sobrepasarlo sin haberlo alcanzado".